

Juan Carlos Tedesco / Director del IPE para América Latina

“Es importante respetar la diversidad, pero lo es más eliminar la desigualdad”

por Jaime Fernández

Las actuales tendencias a la descentralización educativa que pretenden respetar la diversidad terminan promoviendo la desigualdad, según afirma Juan Carlos Tedesco, para quien si es muy importante respetar la diversidad, lo es aún más eliminar la desigualdad. También cree que la escuela no debe adoptar una actitud derrotista ante la poderosa influencia de los mensajes negativos transmitidos por los medios de comunicación

¿No cree que la familia, por las actuales condiciones sociales, se aleja cada vez más de la escuela?

La amplitud de este fenómeno exige analizar antes los contextos sociales, económicos y culturales en los que se desarrolla la educación. Porque en los sectores más pobres y desfavorecidos ni siquiera puede hablarse de la existencia de una familia: el padre está ausente, la madre trabaja todo el tiempo y los chicos se educan con la ausencia de “adultos significativos”. La escuela es la única agencia que puede desempeñar un papel en la socialización de los niños. Ahora bien, no es lo mismo un sector de clase media urbana o de clase alta, donde la familia tiene demandas muy sofisticadas de socialización. Creo que la escuela debe dar lo que no ofrece la familia y promover experiencias que no suelen darse fuera de ella: de solidaridad, de convivencia, de contacto con los diferentes.

¿Qué puede hacer la escuela para contrarrestar los efectos del auge del consumo adolescente?

En primer lugar, hay que enseñar a mirar la publicidad y a decodificar ese tipo de mensajes; enseñar a ver televisión, de manera que si el alumno entiende los códigos que se manejan pueda actuar críticamente y no dejarse manipular. Los programas que se están desarrollando en este campo en muchos países son muy exitosos porque los jóvenes, cuando logran captar la manipulación que se oculta en ellos, son muy críticos.

No puede haber procesos de descentralización exitosos sin administraciones centrales lo bastante fuertes como para garantizar la igualdad y la compensación de diferencias

¿Qué utilidad puede tener la enseñanza en valores?

La educación tiene que enseñar valores positivos, que permitan a los alumnos no dejarse seducir por ese tipo de mensajes. Esto significa que no debe estar sólo a la defensiva sino

mantener una actitud activa. Todo ello tiene mucho que ver con la enseñanza de los códigos básicos y con el fortalecimiento de la lectura como medio de acceso al patrimonio cultural. La educación no puede optar por una actitud derrotista y creer que éste no saldrá exitoso en su combate contra los valores negativos que puedan transmitir los medios. Para conseguirlo, es preciso dotar culturalmente a los educadores, que en este sentido han de ser mucho más fuertes que en el pasado, ya que deberán dominar todo este patrimonio cultural y, al mismo tiempo, imponerlo despejando el camino al alumno para que pueda discernir.

¿No cree que las condiciones sociales contribuyen al alargamiento de la adolescencia, lo que supone nuevos retos para la escuela?

No estoy tan seguro de que ese diagnóstico sea universal. Es cierto que la adolescencia se está alargando. Pero no lo es menos que los adultos nos estamos volviendo adolescentes. De este modo se observa un doble proceso: por una parte, los adultos aspiramos a ser más jóvenes, pero, por otra, también los jóvenes son más adultos. Desde muy pronto están tomando decisiones todo el tiempo: sobre su vida sexual, sobre sus amistades, sobre sus actividades. En cambio, en el pasado lo tenían todo predeterminado. Si nacían en una familia católica, ya iban a ser católicos, si eran varones o niñas, ya tenían el camino prefigurado. Hoy todo eso se ha vuelto más complejo. Están obligados a elegir permanentemente.

¿Qué cambios en el sistema educativo exige esa nueva situación?

Obliga a un cambio muy profundo tanto desde el punto de la vista de la formación de los profesores como de la organización curricular. Porque nuestro sistema educativo está pensado desde el pasado, cuando teníamos que transmitir cosas que ya estaban dadas. El desafío es enorme e interpela a toda nuestra organización escolar y a nuestros métodos. Antes, aquello que los alumnos aprendían en la escuela les servía para un periodo largo de su vida profesional. Ahora sabemos que lo que aprenden tendrán que renovarlo constantemente. O sea, que lo que tienen que aprender es el oficio de aprender.

¿Pero cómo se enseñar a aprender?

Se puede recurrir a la metáfora de los oficios medievales, que se enseñaban mostrando a los aprendices las operaciones que se hacían con cada herramienta y las posibilidades de cada material. La diferencia es que en los oficios manuales, las operaciones se ejecutan con materiales, y en el oficio de aprender, estas operaciones son mentales. Lo principal es que el alumno entienda lo que está haciendo y aprendiendo, algo que resulta muy difícil. Para ello el docente ha de manejar muy bien su propio oficio, de lo contrario tendrá serias dificultades para enseñarlo. Aprender a aprender nos obliga a un retorno a la pedagogía. En las últimas décadas los educadores nos hemos dedicado a pensar más bien en la organización, en la administración, en la gestión, en la financiación y hemos abandonado la reflexión sobre los métodos de enseñanza.

¿En que medida enseñar a aprender repercute en el oficio docente?

Este desafío no puede afrontarse por los educadores a nivel individual sino en equipo. El oficio docente tiene que ser cada vez más colectivo. Son la institución escolar y el sistema educativo los responsables de ese desafío, no el maestro a título particular. Lo mínimo que puede exigirse a un sistema educativo es coherencia entre lo que hace un profesor de una

materia con lo que hace otro con la suya, en un curso o en otro, etc. Un equipo no se forma con todos iguales sino con personas competentes en áreas distintas pero complementarias. Por ejemplo, una se puede ocupar de transmitir los valores, otra de la información, y una tercera, de atender a los padres y a la familia.

¿Cuáles son las ventajas de la descentralización educativa y de la autonomía de los centros y cuáles los posibles inconvenientes?

Partiendo de la idea de que la educación debe adecuarse al contexto y estar lo más cerca posible de las demandas de los alumnos y de su medio ambiente, pienso que estas tendencias a la descentralización que pretenden respetar la diversidad terminan promoviendo desigualdad. Porque si es muy importante respetar la diversidad, lo es aún más eliminar la desigualdad. Está demostrado que en muchos de los procesos hacia la autonomía de la gestión educativa se genera una mecánica en la que obtienen más los que más tienen, porque la capacidad de demanda y de elaborar proyectos y de obtener mejores recursos está desigualmente distribuida.

El ordenador reemplazará al maestro si seguimos pensando que lo único que hay que transmitir son datos

¿Qué puede hacer la Administración central para paliar estas desigualdades?

Es muy importante que la descentralización venga acompañada de políticas activas centrales de compensación de diferencias. No puede haber procesos de descentralización exitosos sin administraciones centrales lo bastante fuertes como para garantizar la igualdad y la compensación de diferencias. Porque si autonomía significa que, en un contexto de desigualdad, cada cual se las debe arreglar con lo que tiene, esto sólo puede conducirnos al aumento de las diferencias en la oferta educativa.

Este es el caso de Argentina y de otros países suramericanos, en los que el aumento de la brecha educativa entre sectores está vinculado a estos procesos de descentralización. Todo ello no significa que haya que volver al modelo de Estado centralista. Por tanto, si en algunos aspectos la descentralización resulta positiva, en otros, como el establecimiento de objetivos comunes y la compensación de diferencias, es necesaria cierta centralización.

Estos desequilibrios también pueden afectar al contenido de las enseñanzas.

Una autonomía llevada al extremo puede llevar a que los alumnos terminen aprendiendo lo que cada comunidad que le rodea decide que tienen que aprender. Sin embargo, hay ciertos aspectos comunes a todos y que deberán figurar como objetivos nacionales, que también han de ser definidos democráticamente. En cualquier proceso descentralizador, la Administración central tiene que desempeñar un papel muy relevante en la definición de objetivos a nivel curricular, en la medición de los resultados académicos y en la compensación de las diferencias.

¿Qué papel desempeñan las nuevas tecnologías en el proceso educativo?

Las nuevas tecnologías plantean el problema del acceso a ellas, lo mismo que ocurrió en el pasado con la imprenta. Antes de la invención de ésta no hacía falta leer y escribir para

enterarse de lo que pasaba porque la transmisión de la información era oral. Pero al inventarse la imprenta, la información empezó a circular a través del libro. No saber leer y escribir significaba salirse del circuito por donde circulaba la información. Hoy está ocurriendo lo mismo con Internet. Puesto que toda la información significativa está pasando por ahí, quien no acceda a los medios informáticos no podrá recibirla.

En cuanto a las nuevas tecnologías en la educación, estamos de acuerdo en que todos los estudiantes tienen que manejarlas, lo que no significa que todo tenga que ser enseñado a través de ellas. Hay muchas cosas que se tienen y deben aprender de otras maneras: la convivencia, la sociabilidad, las relaciones sociales. Es un enfoque muy tecnocrático pensar que la tecnología determina el contenido de la educación, cuando lo determinante es cómo y para qué la usemos.

La formación de los maestros en esta materia deja bastante que desear.

Hay países donde muchos docentes no manejan las nuevas tecnologías, aunque las empresas se preocupan de venderles estos productos porque saben que en los centros existe un gran mercado. El desafío de la pedagogía actual es que las nuevas tecnologías nos ahorran tiempo para transmitir información; el tiempo del que nos libera el ordenador tenemos que dedicarlo a enseñar el oficio de aprender. El ordenador reemplazará al maestro si seguimos pensando que lo único que hay que transmitir son datos. Debemos formar el núcleo duro del desarrollo cognitivo para elegir los canales a través de los cuales buscar la información y qué hacer con ella. En este proceso, el maestro resulta irremplazable. Naturalmente, esto hay que especificarlo según las asignaturas.

¿De qué forma la escuela contribuye a fomentar el intercambio entre las culturas distintas que confluyen en ella?

El fenómeno de la afluencia masiva de inmigrantes a los países desarrollados es indisoluble del aumento de la desigualdad y de la pobreza. Los que vienen son pobres que han sido expulsados de sus países por el deterioro de las condiciones materiales en que vivían. Por ello es importante que los educadores reclamemos políticas económicas y sociales de otro tipo. En realidad, el problema es de origen social económico y político y debe resolverse en los países de los que proceden los inmigrantes. Las experiencias exitosas que va acumulando la escuela ante el fenómeno de la inmigración hacen que se perciba como una fuente de enriquecimiento y no como un problema. Tener alumnos de diferentes países y culturas enriquece a todos, tanto a los que vienen de fuera como a los nativos. Es una oportunidad para que se conozcan mejor y eliminen los prejuicios y estereotipos nacidos de la ignorancia.

La respuesta la están dando los propios docentes. Hace poco participé en Almería en un congreso multicultural y me impresionó la cantidad de experiencias concretas con metodologías distintas que se están llevando a cabo.

El argentino Juan Carlos Tedesco es director de la sección regional para América Latina del Instituto Internacional de Planificación de la Educación (IIPPE), creado en París hace cuatro años por la Unesco. Con anterioridad, fue director de la Oficina Internacional de Educación de este mismo organismo. Experto en planificación educativa, Tedesco es autor del libro *El nuevo pacto educativo* (Alauda-Anaya, 1995), en el que formula agudas observaciones sobre el momento por el que atraviesa la

educación y propone iniciativas concretas destinadas a afrontar los problemas de los sistemas educativos en los países desarrollados.